

Los poemas buscan aprehender una melodía o la oración calamitosa, indagar en el razonamiento de ancianos lujuriosos o mujeres enfermas de sensualidad; se ocupan de individuos olvidados por el consuelo; de parroquianos en fondas y tabernas donde se cocina el escepticismo y se bebe la vida rancia; de muchachas que presumen rodillas inolvidables y espectros que gritan en los retratos, la cartera o rezongan escondidos en una novela.

Es difícil hablar del libro, pues hasta los personajes idealizados nacen de mi angustia y regocijo. *Duelos y alabanzas* es el rencor profundo y la amargura cínica vestida de blanco, semejante a la novia con ojos de muerta y su promesa erótica en el barranco; es despertar con sed en la madrugada y sentir el asedio del alcohol; es despedirme de los amigos y encontrarlos en el sueño, el ataúd, el avión implacable y las cartas polvorientas, disfrazados de estío.

El libro contiene el deseo de escarbar y desenterrar a mi hermano, alejarme con los pájaros que se aconsejan en los cables frente a mi casa. No sé si sea cierto, pero también pretendo llamar a Dios y encargarle a Céline, a Ludmila, a Doria y Anayansi; explicarle que si no converso con él, es porque unos muslos me estrangularon y en el apretujamiento se extravió mi lengua, esa que él conoce tan bien y con la que nos permite rozar su oreja de nubes.

La obra con todos sus yerros es un acto de fe —tal vez marchita—, un proceso de escritura lento, dubitativo; un beso sincerísimo que no me atrevo a darle a Guadalupe, un litro de tequila para Cecilia, Fátima y

PRÓLOGO

CON CORAZÓN DE LÁPIDA

Escribí los poemas de *Duelos y alabanzas*, entre 1987 y 1997, para no traicionar las atmósferas densas, la seducción literaria y los recuerdos de una vida desordenada aunque siempre anhelante, por momentos eufórica y precipitada. Existen vasos comunicantes con músicos, pintores, literatos y hombres que nutren la locura: los Rolling Stones, James Joyce, Aleksandr Glazunov, Juana de Arco, Frans Hals y los camaradas de las noches trepidantes; por eso el libro es un paseo mustio donde todo se confunde y parece condenado al precipicio.

En las páginas se descubren aspectos de mi infancia, estampas donde mis padres altivos se dirigen a la iglesia y las imágenes de mis adorados hermanos brindando por la rara dicha de este mundo y del ornado por la oscuridad: aquel que nos aparta mi hermano el mayor con su sonrisa entre ángel hermoso y calavera greñuda.

María del Carmen y un sueño enervante compartido con Margarita, José Ignacio y Felipe; probablemente Verónica me despierte y me diga que el libro es un motivo para seguir disparándole al espejo y los dos estallemos en los cristales, entonces sí, en una pura y linda carcajada...

CÉSAR ARÍSTIDES
San Lucas El Grande, Puebla
25 de diciembre de 2001

HOOGHUYBON